

LA PERPLEJIDAD DE LA IZQUIERDA

EL estado de la cuestión democrática, en este momento y en este país, no cesa de ser inquietante. Si las informaciones de prensa son exactas —y podrían no serlo— don Felipe González ha denunciado en Bonn la "gran beligerancia" del Gobierno ante las elecciones: "lo que significa una tentación para usar en su favor los medios del aparato franquista: Movimiento Nacional, Sindicatos, Cortes, radio y televisión" (1). Es una tentación en la que el Gobierno ha caído hace tiempo, antes incluso que la "cuestión de las siglas" —el reconocimiento del PSOE "histórico"— lanzase tan directamente a los socialistas a la oposición dentro de la oposición, a la guerra contra el Gobierno. Gobierno que cada día da más sensación de seguridad en sí mismo y más confianza en sus apoyos, mientras la oposición no sale de una actitud de perplejidad y de inocente estupor. Un partido comunista de carril, que espera mansamente que el Supremo decida si es bueno o malo (los informes periodísticos sostienen la idea de que va a ser legalizado, aunque no estén tan seguros en lo que respecta a los partidos de la izquierda comunista); un partido socialista decididamente enfadado que obstaculiza las negociaciones con el Gobierno, precisamente porque no cree —ahora— en ellas; y unos partidos demócratas de izquierda y centro, incluso de derecha, que ven su moderación arrebatada por las formaciones pro gubernamentales. A la derecha, el Gobierno tiene una Alianza Popular que se desprestigia a sí misma todos los días, pero que puede recoger los votos de los franquistas y que se beneficia también, por su calidad y circunstancias, del aparato que el Gobierno intenta canalizar hacia sí mismo. Se está viendo ya lo que va a pasar: una lucha entre dos derechas: la gubernamental y la "continuista". Una asamblea fuertemente conservadora, dividida en un Parlamento con presencia de la izquierda, y un Senado muy mayoritariamente derechista.

(1) Las declaraciones posteriores de don Felipe González en TVE han sido una auténtica lección política.

PUEDE aún la izquierda cambiar el destino? Tiene dos armas con posibilidad. Una de ellas es la negativa a entrar en el juego electoral en vista de que carece de las garantías necesarias. La otra, aparecer unida y sostenerse unida. La primera de estas dos posibilidades es la que esgrime el partido socialista, aunque esté todavía lejos de adoptarla. Si el PSOE se retira de las elecciones y lanza una campaña de abstención podría desbaratar el aspecto democrático de las elecciones. Es decir, dejaría de "legitimar" al Gobierno, como lo está haciendo toda la oposición desde que comenzaron las negociaciones. Las declaraciones de don Felipe González, precisamente en Alemania Federal, donde tanto interés hay en que se regule la situación española, tienen ya ese sentido. Pero tampoco ganaría nada el PSOE haciendo, solo, esta campaña, si es que algunos de sus sectores no se desgajaran de ella. Sería una posición conjunta de la oposición democrática: la actitud de considerar que las elecciones no se celebran con las debidas garantías de neutralidad gubernamental, que el "centro" en el que va a ampararse el Gobierno juega con cartas seleccionadas de antemano y que la gran derecha se beneficia también de un aparato cuyas raíces con el régimen anterior no se han deshecho. Pero no parece que vaya por ahí el camino de la oposición en general.

COMO tampoco parece que vaya por la vía de presentarse unida a los comicios. El ejemplo de unas derechas que han sido capaces de olvidar —o aplazar— sus disensiones antiguas para presentarse como un bloque no les sirve. Está en su naturaleza. Los partidos de derecha son partidos de intereses, partidos materialistas: tienen razones de fondo muy fuertes para unificarse, aunque entre ellos exista toda clase de desconfianzas y aplacen sus problemas para después. Los partidos de izquierda son partidos de pensamiento. Ya sé que esta definición, o esta composición, va en el sentido contrario al clásico (derecha=espiritualista, izquierda=materialista), pero ese sentido clásico es y

ha sido siempre una de las grandes armas semánticas de la derecha. La realidad histórica es que la izquierda vive en el terreno de las ideologías, de los matices, de las experiencias, y la derecha en el terreno del poder. Los "teóricos" de la derecha han planteado siempre "el final de las ideologías" (Fernández de la Mora) y han negado la distinción entre derechas e izquierdas: ni siquiera utilizan para sí mismos abiertamente la palabra "derecha". La izquierda democrática es, por el contrario, deliberante y pensante, pluralista, abierta. Como lo es la esencia de la democracia. Este esquema se ha planteado incluso en situaciones límite, como la de la guerra civil. No vamos a decir ahora que la guerra la perdió la izquierda por su división perpetua frente a la unidad absoluta de la derecha, porque intervinieron otros factores más y muy importantes; pero la realidad fue que actuó en desunión y en querrela perpetua. Como antes y como después; como en el exilio, o en la clandestinidad. Los intentos de Coordinación o de Convergencia han sido notables y valiosísimos en el sentido de vencer esa inercia. Pero no han seguido más adelante.

SI la pluralidad es la fuerza de la izquierda en una sociedad constituida normalmente, porque tiene la capacidad de atraer las opiniones libres y de examinar con verismo las circunstancias, es también su debilidad en un momento tan peculiar como éste. Si la izquierda apareciese en candidaturas únicas, con la simple mención de democráticas, y con nombres de prestigio y solvencia en cada circunscripción, podría modificar el destino electoral que le espera. Si lo hace separada, en candidaturas de partido, frente a los bloques del centro gubernamental y la derecha franquista, su situación final será deplorable.

URGIRIA un pacto. Pero no va a ser fácil. Entre otras cosas, porque la izquierda tiene miedo de sí misma: tiene miedo de tener más fuerza de la que se le permite. Sucedió ya algo



Si el PSOE se retira de las elecciones y lanza una campaña de abstención, podría desbaratar el aspecto democrático de las elecciones. En la foto, Felipe González, ante un cartel del fundador, Pablo Iglesias.

parecido en las últimas elecciones generales italianas: el Partido Comunista no quería que se celebraran porque tenía miedo de ganar y desencadenar con ello un proceso ajeno a la legalidad. Simplemente con la conquista de una posición sólida, como la que tuvieron, ya se desencadenó en parte ese proceso, y es uno de los dramas de Italia. En España podría iniciarse un pacto que fuera parecido a un Frente Popular como el de 1936: la izquierda teme que ese bloque propio, llevase el nombre que llevase, fuese contraproducente. Por una parte, al permitir a la derecha que desencadenase su propaganda sobre recuerdos y residuos de la guerra civil —lo cual hace, de todas maneras, sin ningún escrúpulo—; por otra parte, porque la izquierda cree que si de alguna manera pudiese ganar las elecciones, tal vez esas elecciones no se celebrasen nunca. Algunos de los dirigentes más moderados de la oposición

democrática han sido capaces de expresar sus deseos de que gane la derecha y sea ella la que se encargue de administrar al país con la pesada herencia económica y política que tiene. Sus posiciones políticas son de paciencia: la han tenido, abundante, durante los cuarenta años que ha durado su clandestinidad y su exilio, y no querrían ahora precipitarse. Su reino no es de este mundo: no es de los próximos cuatro años.

Lo que quizá no adviertan, con su análisis de lo inmediato y de lo futuro y con el pesimismo coyuntural y el optimismo histórico de que hacen gala, es que las próximas Cortes van a tener un cierto aspecto constituyente por mucho que se quiera negar en los círculos del poder. Toda la legislación democrática española está en el aire, apenas sostenida por las dos o tres leyes emitidas por el Gobierno, y toda

esa legislación se va a elaborar en las nuevas Cortes. Entre otras cosas, la modificación de las leyes electorales actuales, para darles un carácter definitivo; y las prerrogativas del Jefe del Estado; y la nueva organización sindical; y la utilización de los residuos del Movimiento; y tal vez, una ley de libelo que sustituya a la actual legislación de prensa. Y el divorcio, y las regulaciones de usos y costumbres. La izquierda estima ahora que las elecciones las puede ganar el grupo gubernamental, y que el presidente Suárez va a seguir gobernando después con la misma "liberalidad" que ahora, y de esa forma la oposición democrática podía preparar su camino hacia las legislativas siguientes, pero ya dueño de unos instrumentos que ahora no tiene o que va a tener demasiado tarde: sus legalizaciones definitivas, sus mítines, sus campañas de promoción de militantes, su prensa, su radio... Lo que quizá no estime ahora la izquierda democrática en toda su realidad son estas dos eventualidades: una, que el presidente Suárez tenga un comportamiento distinto después de haber ganado las elecciones, y con unas Cortes que le sean favorables. La Historia está repleta de grandes casos parecidos, y se sabe en política que una cosa es un presidente del Gobierno en trance electoral y otra es un presidente del Gobierno con cuatro años de mayoría en su Parlamento.

La otra eventualidad es la de que ganase la gran derecha. Y que fuese llamado a gobernar uno de los siete prohombres de Alianza. Lo mismo da, para este caso, un nombre que otro: Fraga o Silva, o Fernández de la Mora. ¿En qué condiciones subsistiría hasta las siguientes elecciones la izquierda democrática? ¿Cuándo y en qué circunstancias se celebrarían esas elecciones? ¿Cómo se modificarían las leyes básicas, la constitución del país?

Es cierto que en política abstracta la previsión del futuro es importantísima. Pero en política práctica se sabe que no hay futuro que no esté basado en una conquista inmediata del poder. O por lo menos, en una actuación que prevea la conquista inmediata de ese poder. No parece que la oposición democrática tenga hoy ese estímulo. Cada partido anda preocupado con sus propios votos: no han sido capaces, todos unidos, de presentar un gran programa democrático y unos proyectos de candidaturas unidas. Quizá la izquierda democrática tenga un gran porvenir: por el momento, lo que tiene es un mal presente. ■